

Miguel Ángel Sierra

Desde el origen de la Humanidad, en tiempos difíciles o convulsos, han aparecido individuos para los que es más fácil negar la realidad que enfrentarse a ella. Esto es tan inherente al ser humano que hasta tenemos un término para ello: negacionismo. De acuerdo con la RAE el negacionismo es la “Actitud que consiste en la negación de hechos históricos recientes y muy graves que están generalmente aceptados”. A la vista de la situación de los últimos años, en mi opinión habría que ampliar un poco esta definición para incluir en ella distintos tipos de comportamientos que pueden ser considerados negacionistas. Sin pensar mucho he conseguido detectar al menos tres tipos. El primero es el negacionismo “inofensivo”. Dejando claro que cualquier negacionismo es malo, este tipo es el menos malo de todos, en tanto en cuanto solo demuestra la cerrazón (no exenta de estupidez) de los actores de esta farsa. Ejemplo meridianamente claro son los terraplanistas (*Flat Earth Society*). No pasa nada porque unos cuantos miles de individuos nieguen que la tierra no es una esfera. Con eso no hacen daño a nadie. Además de aquí se deriva otro negacionismo: el hombre no llegó nunca a la Luna, fue todo un montaje.

El siguiente nivel de negacionismo es más peligroso, pero, en cierto modo todavía “inofensivo”. En este nivel los miembros de este tipo de movimiento solo hacen daño psicológico a ellos mismos y a sus familias. Un ejemplo muy claro son los creacionistas. Tampoco pasa gran cosa si uno cree que el universo se creó como es ahora y que la evolución no existe (estoy simplificando, la realidad es mucho más compleja para los creacionistas). Los jueces de varios países han prohibido explícita o exclusivamente la enseñanza de esta “teoría” en las escuelas. No obstante, aquí las cosas empiezan a ponerse más oscuras. Los creacionistas no solo creen en sus cosas, sino que intentan imponer su opinión a los demás y, en ocasiones, jugando con el sistema legal, casi lo consiguen o lo logran el todo.

A este nivel están las teorías de la conspiración. A mi personalmente la que más me gusta es que, si hablas por tu teléfono móvil y mencionas varias palabras clave, la CIA y otros organismos de espionaje paralelos te capturan y acabas en Guantánamo. Como si la red Echelon no tuviera otra cosa que hacer que investigar al Sierra, cuando llama a casa para que ver si tiene que comprar pan para cenar. Me recuerda mucho al contubernio judeo-masónico de tiempos pasados. Pero bueno, quien más y quien menos sabe que a Kennedy lo asesino la CIA y que, sin lugar a duda, la guerra del Vietnam fue una apuesta entre Rockefeller y Onassis (esto está tomado de



una película de Mel Gibson que se llama así “Conspiracy Theory”).

Sin lugar a dudas, en un estado democrático, todos podemos creer en lo que nos venga en gana, incluso no creer en nada. Pero, en el tercer nivel del negacionismo está lo verdaderamente grave. Aquí es donde la definición de negacionismo de la RAE nos impacta como sociedad de una forma inclemente y peligrosa. Además, en épocas difíciles este tipo de negacionismo crece de forma alarmante (en eso se parece a los champiñones, ambos tienen el mismo sustrato para crecer). Sin retroceder mucho en el tiempo, el 5 de septiembre vimos todos en televisión unos cuantos cientos de negacionistas diciendo barbaridades sobre el SARS-CoV-2 y la pandemia que nos aflige. Esto solo es un ejemplo de un movimiento a nivel mundial que tiene cabezas bien visibles, entre otras a un cantante caduco en horas bajas de popularidad.

Negar la evidencia científica es inherente al negacionismo, así como intentar justificar lo injustificable. Pero, del mismo modo que es muy difícil viajar en el tiempo y que un creacionista vea dinosaurios, no lo es tanto demostrar los efectos del coronavirus a alguien que cuestione su existencia y letalidad. Usando la expresión que se ha puesto de moda: ahí lo dejo.

Si combinamos el negacionismo sobre la existencia de una pandemia mundial con el casi millón de muertos que ha provocado hasta ahora, el que estas personas tengan voz y salgan en los medios de comunicación mundial es ofensivo. Incluyo en esto a presidentes de naciones que se suponen civilizadas. Esto no es creer libremente en algo sin hacer daño a nadie. Negar la existencia de una enfermedad que mata, no usar mascarillas, no adoptar las medidas mínimas de protección, no solo les afecta a ellos. La transmisión vírica desde uno de estos cretinos

nos puede matar a cualquiera de nosotros. Una de mis frases favoritas es “tu libertad acaba donde empieza la mía”, y así es. Poner coto a la expansión de las actitudes antisociales (no de las opiniones, este es un país libre) de estos “creyentes” corresponde a los gobiernos.

Las raíces de este negacionismo están en el movimiento antivacunas que, con un poquito de aderezo paranoico, se transforma en los daños que hacen los medicamentos que no sirven para curar, solo sirven para hacer ganar dinero a las multinacionales. Seguimos un poco más allá y nos encontramos con una parte cada vez más amplia de la población que no se vacuna, que huye de la medicina científica a las pseudo-ciencias (homeopatía, reiki, abejas, etc., que hay de sobra para todos). De nuevo esto no estaría mal si no nos afectara a todos. Lo malo es que ni los virus ni las bacterias creen en la medicina alternativa, ni se solidarizan con los negacionistas. Mientras tanto, la gente sigue muriéndose por contagio de estos y otros irresponsables que se creen que la cosa no va con ellos. Los virus son absolutamente democráticos y nos infectan a todos por igual.

Y lo más grande de todo, el no va más de estos tiempos: cuando nos vacunen, Bill Gates y sus colegas nos van a implantar un chip para tenernos controlados. A ver si esa verdad y el mío tiene una tarjeta gráfica acoplada de

alto rendimiento para poder echar unas partidas a video juegos de última generación. Si no fuera tan triste hasta haría gracia.

Estamos en medio de una pandemia que nos está matando. Dar difusión en los medios a los descerebrados (me contengo de usar palabras más gruesas) que niegan lo evidente es suicida. En su lugar, deberían llenarse los medios de opiniones científicas sólidas y fundamentadas (no una vez más de todólogos mal informados) que aclarasen a los ciudadanos cualquier duda sobre cualquier estupidez vertida en internet, o en la televisión o, incluso en la prensa seria. Sigo pensando que, aunque los descerebrados no nos escuchen, a lo mejor evitamos llevar a error al público menos formado.

Me gustaría terminar aclarando un tema que es trascendente y que se ha visto empañado por un negacionismo incomprensible: ¡Elvis está vivo! Yo mismo le vi hace unos años en el aeropuerto de Bruselas.

Gracias por leer.

MIGUEL Á. SIERRA
Editor General de *Anales de Química*